

# Entrevista con Abel Posse

*Inmaculada García Guadalupe*

De acuerdo con Novalis «la poesía cura las heridas que la razón inflige» y quizás sea la esperanza implícita en estas palabras la que toma la novelística de Abel Posse (1936), signada por la recreación de los principales sueños utópicos de occidente, desde la búsqueda de un Nuevo Mundo hasta la construcción de un estado igualitario e ideal de justicia universal, en una de las más necesarias y reveladoras creaciones literarias de nuestro tiempo.

En esta travesía por su narrativa, que abarca desde sus primeras novelas basadas en el descubrimiento de América y en el movimiento de mayo del 68 hasta sus más recientes novelas centradas en las figuras señeras de Evita Perón y el Che Guevara, el escritor argentino, embajador del país austral en España, reflexiona por medio de sus personajes y su obra sobre el papel de la utopía en el progreso humano, sobre las contradicciones del poder y la nostalgia del mito en nuestros días para enseñarnos que, a diferencia de la idea tradicional occidental, el progreso no sólo se compone de una escalinata de superaciones sucesivas sino también de frustraciones y fracasos.

*—Usted comenzó escribiendo poesía, pero pronto cambió este género por el de la novela. ¿Qué lo llevó a realizar este giro?*

Tal vez el hecho de que no era un buen poeta, pero creo que la mayoría de la gente tiene una personalidad poética que a veces no se manifiesta por escrito, porque escribir poesía supone una dimensión más avanzada. No obstante, los impulsos poéticos, las emociones poéticas, las intuiciones de orden poético son un ingrediente esencial en la prosa, la levantan, le dan un contenido mayor. Me parece que en la literatura la madre, la diosa es la poesía. La poesía es la síntesis que crea el lenguaje y que nos lleva por su hilo refinado hacia un entendimiento superior de la realidad, es el intento de buscar la trascendencia. En mi caso la poesía ha sido un elemento que pasó de la escritura poética a mi narración como una emoción, como una búsqueda, como una dimensión ennoblecedora de la prosa. Creo que toda la literatura latinoamericana

del siglo pasado, que fue la gran revolución literaria después de la novelística norteamericana, está verdaderamente levantada por esa libertad que le dio el conocimiento de la poesía, especialmente de los poetas del 27 y de los grandes poetas latinoamericanos como Neruda, Vallejo o Huidobro.

—*Su primera novela tiene un título desconcertante, Los bogavantes. ¿Hace alusión al hombre como remero de una galera en la que está condenado a remar sin saber hacia dónde se dirige o podríamos tomarlo en otro sentido?*

Efectivamente, los bogavantes son los personajes que conforman esa novela que escribí a partir del año 62, publiqué en el 70 y en el 68 fue presentada en España al premio Planeta. De alguna manera en ella se encuentra la crisis de esos años que va a culminar en el movimiento de mayo del 68 en Francia. Los personajes son los bogavantes, los que van adelante, uno en el orden de lo femenino, otro es el burgués que busca las nuevas ideas y un cambio en su vida, y el otro es el artista, un pintor; son los remeros que dan el ritmo a los demás que están atados a la galera, que es a fin de cuentas una prisión. Los bogavantes son también esos crustáceos de largas antenas que viven en las arenas y en el fango, y que son tremendamente crueles porque se devoran entre ellos, son animales caníbales y al escoger esa palabra como título de la novela quise jugar también con ese sentido, es decir tomar la palabra en su doble acepción.

—*Escribió Los bogavantes en París entre 1962 y 1963. ¿Cómo vivió esta época previa a mayo del 68?*

Me había graduado de abogado, era muy joven y fui a Francia a hacer el doctorado en ciencias políticas con una beca del gobierno francés. En ese momento París era un hervidero de ideas nuevas, de contravenciones, era la crisis del marxismo institucionalizado, del capitalismo acosado por las ideas de Sartre y Camus, era un mundo vibrante. En ese París conocí a Sartre y luego le escuché en Saint Germain des Prés donde dio varias conferencias, entre las que recuerdo la que dictó al regresar de Cuba con su mujer Simone de Beauvoir. Ambos estaban comprometidos con Cuba, con el socialismo, con ese clima de querer cambiar el mundo. Lo que sentía un joven en ese momento era que se había nacido para crear un mundo mejor y que eso admitía la

violencia, lo que fue muy lamentable y causó muchísimas muertes en América Latina; pero la idea era esa, la de un humanismo revolucionario que trascendía el marxismo institucionalizado, el marxismo no diría aburguesado pero sí transformado en un aparato de corrupción.

Aquel era un humanismo que criticaba todas las instituciones, en especial la familia, y defendía la libertad de la mujer y de los sexos. La zona de falla que recuerdo en todo esto es la carencia de signo religioso; habían heredado ese sentimiento anárquico de que lo religioso es solamente un elemento opresivo, no se daban cuenta de que existía el budismo, por ejemplo, que no tiene ningún carácter opresivo. De todas maneras esa carencia de proyección metafísica fue el problema más grave que tuvo la izquierda, tanto la izquierda del mundo socialista institucionalizado como este humanismo de izquierda y revolucionario en el que se estaba creando un hombre que iba a ser víctima de otra forma de alienación y de sumisión, lo que ha terminado en la sociedad neoliberal que conocemos. Los jóvenes de ahora no tratan de cambiar nada. Tal vez es peor.

—*Su segunda novela, La boca del tigre, fue publicada en 1971. En ella muestra el fracaso de la utopía socialista, pero lo hace mucho antes que otros intelectuales, en una época en la que aún se creía en las posibilidades del socialismo. ¿Influyó su estancia en la Unión Soviética para que pudiera tener esa perspectiva?*

Siempre fui escéptico, hubiera sido un mal revolucionario como soy un mal burgués. Mi escepticismo me aísla y lo pago caro porque soy un escritor que no puede ser incluido en el sistema de los escritores, soy algo así como un marginal por mi forma de ser o por este escepticismo permanente. Cuando fui a Rusia tenía mis reservas. Aunque siempre tuve en mí la admiración, la pulsión por Roma, por el imperio. En Rusia encontré un imperio consolidado, tremendo, pensé que iba a durar muchísimo tiempo y nunca me plegué a los críticos contra el comunismo, pero también me daba cuenta de que el socialismo había fracasado. Cuando escribí *Los cuadernos de Praga* puse en Guevara cosas que el Che realmente sintió cuando estuvo en Alemania oriental y sobre todo en Praga; el desacuerdo total con un comunismo fracasado que había perdido su grandeza, el heroísmo de sus jóvenes revolucionarios que ahora pertenecían a la burguesía del Partido y que, de algún modo, estaban cosificados. Uno vive de desilusión en desilusión, pero tampoco puede haber ilusión tras ilusión, es difícil decir esto en

un mundo donde la gente prefiere vivir de ilusión en ilusión, no como yo que viví escepticismo tras escepticismo ante los nuevos hechos.

—¿Cómo vivió su contacto con el pueblo ruso?

La experiencia que se narra en *La boca del tigre* es casi autobiográfica, conocí muchos de esos personajes y tuve trato con ese tipo de gente que aparece en la novela. Lo que puedo rescatar del pueblo ruso, más allá de lo político, es su extraordinaria calidez humana, ocurre lo mismo cuando uno conoce al pueblo latinoamericano; se lleva una impresión que va más allá de lo político, porque hay una impronta humana y cultural que prevalece sobre cualquier forma política. Ahora acabo de regresar de Rusia porque salieron dos libros míos allí y fui a presentarlos, es la primera vez que vuelvo en treinta y dos años. Encontré el mismo pueblo que había conocido, loco, creativo, metido ahora en un capitalismo salvaje, tal como antes estuvo sometido a un socialismo temible y comisarial, pero en el fondo está el pueblo ruso. Uno no se puede hacer ilusiones sobre la condición humana, tiene que pensar que realmente la condición humana es una ilusión que no tiene ninguna importancia, como en el caso del budismo, o que es realmente una condición muy caída y realmente difícil de redimir, como en el caso del cristianismo, que tiene la visión del hombre caído, expulsado. No soy en realidad muy elogioso con el hombre.

—¿Por qué cree que los antiguos países socialistas dieron ese cambio tan brusco hacia el capitalismo salvaje que viven ahora sin poder hacer una transición paulatina?

El hombre no es moderado, pasa de un absoluto a otra forma absoluta, extrema, es lo más común. La moderación la tienen antiguos pueblos que no son tan brillantes ni apasionados. El salto del pueblo ruso y del mundo socialista lo viví en Argentina en los jóvenes católicos que se hicieron montoneros y asesinos terroristas; pasaban de un extremo a otro, de un absoluto católico, de la duda sobre si serían sacerdotes o místicos a la voluntad de hacer una revolución total. La mala costumbre del absoluto es peligrosa, pero al mismo tiempo crea los cambios de las sociedades. Aún no sabemos cómo se mueve la sociedad, como tampoco sabemos la forma como opera el cerebro humano. Estamos, como especie, en una larguísima Edad Media. Mejoraremos en el futuro, o nos extinguiremos. El Cosmos se sentirá aliviado...